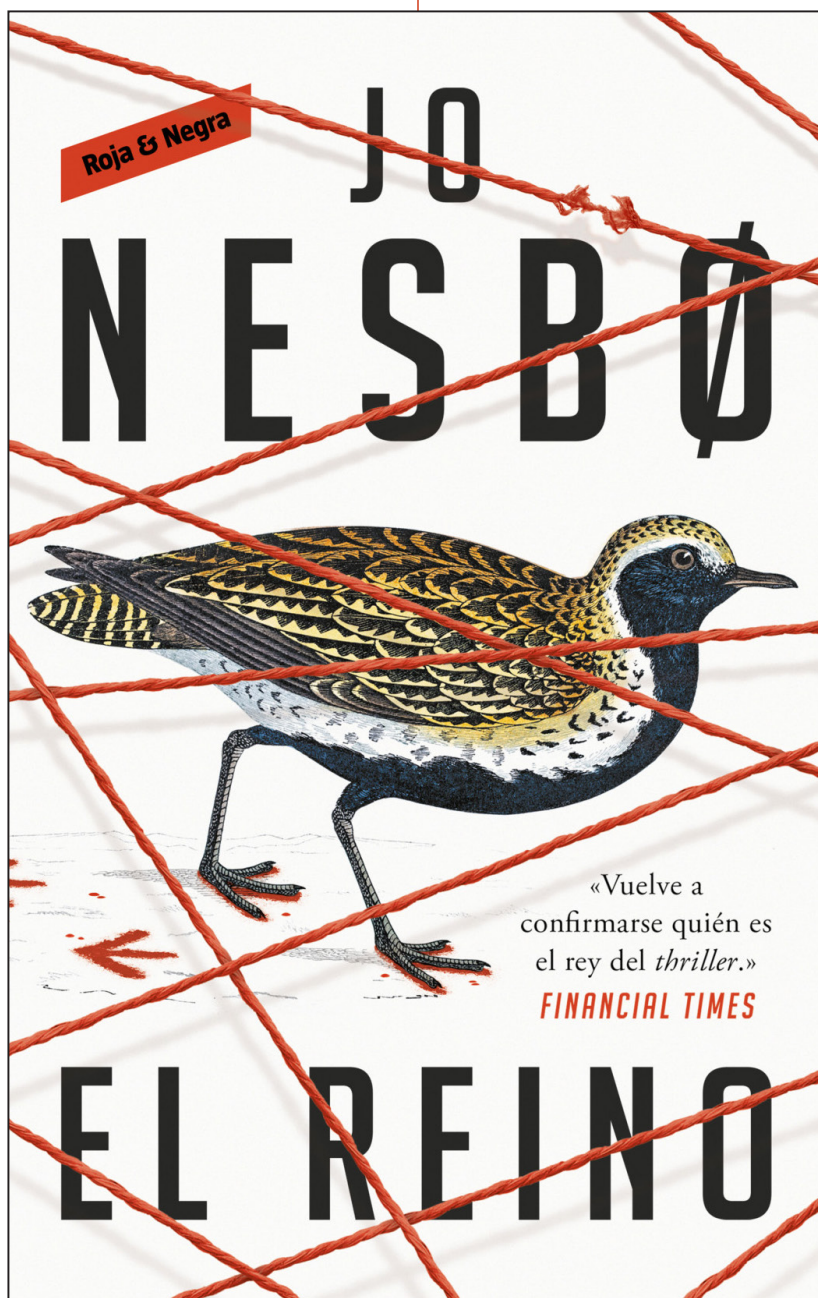




Guía de lectura



Penguin Club de lectura

SINOPSIS

En los páramos de Noruega, en lo alto de una montaña, al final de un camino de curvas sumamente traicionero para el conductor incauto bajo condiciones climáticas adversas, se levanta una antigua granja. Ahí, en un viejo caserón, siempre ha vivido Roy, un hombre para el que parecen haber nacido los términos «solitario» y «retraído», y cuya afición a las peleas en su juventud le hace conservar un halo de peligrosidad. Experto en pájaros, hoy regenta la gasolinera del pueblo y ocasionalmente arregla algún coche en su taller mecánico. Sus días rutinarios y sin sobresaltos terminan abruptamente con el regreso de su hermano pequeño, Carl. No se ven desde que éste se fue a estudiar a Estados Unidos hace quince años, tras la muerte trágica de sus padres en un accidente de coche.

El hijo pródigo trae consigo a su flamante esposa, Shannon, una enigmática arquitecta con la que ha ideado un plan para construir un gran hotel en los an-

tiguos terrenos familiares y enriquecerse a lo grande. De cara a tirar adelante el proyecto, necesitarán el respaldo de los vecinos de la zona, un reto mayúsculo desde el momento en que se trata de una comunidad pequeña y recelosa y, sobre todo, porque varios de sus miembros no han perdonado ciertos agravios y cuentas pendientes del pasado. Al frente de todos ellos, el agente de policía Olsen, hijo de un antiguo alguacil que desapareció en extrañas circunstancias y que sospecha que los hermanos saben más de lo que cuentan. Sin embargo, la construcción o no de un complejo hotelero, que pretende salvar de la ruina a un pueblo condenado al ostracismo ante la llegada de una autovía que lo circunvalará, se revelará el menor de los problemas para los hermanos, sometidos al fuego cruzado de viejas rencillas, heridas de infancia que nunca cicatrizaron y una mujer capaz de agrietar una alianza que se antojaba indestructible.

CLAVES DE *EL REINO*

El reino es un *thriller* gigantesco, adictivo y complejo, que ha sido considerado inmediatamente por la crítica como una obra maestra. Ya de por sí especialista en el retrato psicológico profundo de sus personajes y en conducirlos hasta el límite, Nesbø probablemente ha ido más lejos que nunca en su carrera en el retrato de las pasiones y conflictos humanos. Criados en la dura vida diaria en una granja remota, ese «reino» como le gustaba calificarlo al cabeza de familia, Roy y Carl labraron desde muy niños un vínculo tan irrompible como trágico.

La novela coloca así la lupa sobre una relación fraternal intrincada, explosiva y de regusto bíblico. Marcados por episodios traumáticos y alianzas oscuras, los dos hermanos deberán afrontar en la edad adulta el mayor desafío de sus vidas con la aparición de una mujer por la que ambos sienten una atracción muy fuerte y la tenacidad de un policía por llegar al fondo de una desaparición misteriosa en la que pudieron estar involucrados. ¿Dónde están los límites de la fraternidad? ¿Hasta qué punto debemos ser responsables de sanar las heridas y enmendar las malas decisiones de

nuestros seres más queridos? ¿Justifica que le perdonemos todo a un hermano pequeño por haber padecido un enorme sufrimiento en su infancia?

Jo Nesbø vuelve a explorar también uno de los temas recurrentes en sus novelas independientes, el exceso de codicia, la perdición que generan las ansias de amasar una fortuna por encima de cualquier consideración ética. El proyecto de hotel spa hará aflorar la peor cara tanto de aquellos que especulan maliciosamente con sus beneficios como de los que se sienten excluidos de los mismos. De nuevo, el dinero como corruptor de almas ocupa un lugar destacado en la ficción nesboiana.

Por otro lado, el escritor lanza sus redes sobre todo un pueblo que no perdona y que ve su oportunidad de saldar lejanas cuentas. El verdadero reino, donde operan unas leyes propias y, al modo de Faulkner, el pasado no cicatrizado siempre ronda los ánimos de sus habitantes, parece ser este enclave endogámico y arisco, propenso al rencor y al recelo. Un microcosmos que se añade ya a la geografía de inolvidables territorios negro-criminales.

En definitiva, los conflictos de la sangre y los ánimos vengativos de una co-

munidad semiaislada, los peligros de la fiebre del oro inmobiliario y la incapacidad de pasar página, los fantasmas del pasado y los desafíos de un presente turbulento (ambos marcados por la presión que ejerce la acumulación de pestilentes cadáveres en el armario), convergen en una historia llena de tensión, violencia y golpes de efecto que avanza como un trolebús a lo largo de más de seiscientas páginas.

Revisión del mito de Abel y Caín donde nunca está claro quién es quién o si ambos hermanos son Caín, el superventas noruego juega brillantemente con la dosificación de la información relevante sobre los traumáticos vínculos que unen a Roy y Carl, a partir de pocos, pero ciertos, saltos hacia atrás en el tiempo. Asimismo, el autor saca un enorme partido a unas localizaciones paradójicamente claustrofóbicas y amenazadoras pese a desplegarse en medio de una naturaleza deslumbrante. *El reino* va tejiendo una tupida red de secretos y mentiras, conspiraciones y engaños, elevando en paralelo los niveles de angustia y perdición, todo ello a medida que avanza una trama que en su centro se pregunta por los límites de la lealtad y la disyuntiva entre la felicidad personal y el deber fraternal.

PERSONAJES

ROY, CARL Y SHANNON: Un trío de mentes retorcidas, a la par que individuos unidos por vínculos emocionales y pasionales sumamente complicados, es el motor principal de *El reino*. Sin embargo, a su alrededor orbita un amplio fresco de secundarios ansiosos por aclarar oscuros episodios del pasado en los que estuvieron implicados los hermanos Opgard y hacerles pagar por ello. Un agente de policía, un usurero, un periodista, la hija del alcalde y una peluquera son algunos de los airados miembros del pueblo que hacen que hablemos de una verdadera novela coral con multitud de sospechosos cuando las cosas empiecen a tomar un giro dramático.

Roy: Narrador de la historia y eje central de la misma, Roy es una de las grandes creaciones de Nesbø. Desde que era pequeño ha interiorizado las responsabilidades que conlleva ser el hermano mayor, defendiendo a Carl -de carácter aparentemente más frágil y vulnerable-, y más tarde no dudando en pelear ferozmente con todos aquellos tipos beodos que pensaban que pretendía robarles la novia. Bajo su carácter retraído —muchos en el pueblo sospechan que es gay ante la falta de mujeres en su vida—, su afición a la ornitología y sus días volcados en mejorar las condiciones de su gasolinera, se esconde un individuo astuto y frío cuando conviene pero que a su vez conserva toda la violencia y la rabia necesarias cuando la situación demanda pasar a la acción dramática.

«Observé el paisaje. Lo poco que asomaba entre la capa de nubes que se extendía a mis pies. Al otro lado del valle la colina parecía flotar sobre un mar grisáceo. Aquí, en las alturas, la vegetación empezaba a cobrar los tonos rojizos del otoño. El cielo sobre mi cabeza estaba azul y límpido, como la mirada inocente de una muchacha. El aire era frío y beneficioso, y si respirabas hondo te escocía en los pulmones. Me parecía estar solo en el mundo, como si este fuera únicamente

para mí. Bueno, un mundo consistente en un monte Ararat con una granja en la cima. A veces los turistas tomaban la carretera de curvas y acudían a contemplar las vistas; tarde o temprano, acababan en nuestro patio. Solían preguntar si yo seguía llevando la pequeña explotación. Esos idiotas la llamaban pequeña porque, seguramente, creían que una granja de verdad tenía que ser como las del llano, con grandes campos de cultivo, graneros inmensos y enormes y ostentosas viviendas. No habían visto los destrozos que una tormenta de las montañas podía ocasionar en un tejado demasiado grande, ni habían intentado encender una chimenea en una habitación excesivamente espaciosa cuando fuera hace treinta grados bajo cero y el viento se cuele por las paredes. No sabían la diferencia entre la tierra cultivada y la virgen, que en una granja de montaña pastorean los rebaños y puede ser un reino despoblado, pero mucho más grande que los llamativos campos de cereales de las tierras bajas.

Quince años había vivido aquí en soledad, pero eso se iba a acabar. Un V8 rugió y siseó en algún lugar bajo la cubierta de nubes. Sonaba tan cerca que ya debía de haber pasado la llamada “Japansvingen”, a mitad del ascenso. El conductor aceleró, levantó el pie del pedal, tomó una de las curvas cerradas y volvió a acelerar. Cada vez más cerca. Se notaba que no era la primera vez que conducía por aquellos vericuetos. Y cuando pude distinguir los matices del sonido del motor, los profundos suspiros al cambiar de marcha, el bajo profundo que solo tiene un Cadillac a pocas revoluciones, supe que era un DeVille. Igual que el enorme vehículo negro que tuvo papá. Por supuesto.

El agresivo morro de la parrilla de un DeVille asomaba por lo que llamábamos “Geitesvingen”. También negro, pero un modelo más reciente, supuse que del 85. Pero con los mismos adornos.

El coche se acercó y el conductor bajó la ventanilla. Tenía la esperanza de que no se me notara que el corazón me iba a mil. ¿Cuántas cartas, mensajes y correos electrónicos habríamos intercambiado en todos estos años? No muchos. Sin embargo, ¿había pasado un solo día sin que pensara en Carl? Probablemente no. Pero era mejor echarle de menos que tener que ocuparme de sus problemas. Lo primero que noté es que había envejecido.

—Perdón, caballero, ¿sabe usted si esta granja pertenece a los famosos hermanos Opgard?

Luego sonrió. Me dirigió una de sus sonrisas cálidas e irresistibles, y fue como si para su rostro no hubiera pasado el tiempo, como si el calendario que me decía que habían transcurrido quince años desde la última vez que lo había visto estuviera equivocado. Pero su mirada también transmitía cierto cálculo, como si estuviera comprobando la temperatura del agua antes de bañarse.

No tenía ganas de reírme. Todavía no. Pero no pude evitarlo.

Mi hermano se bajó del coche y abrió los brazos. Me acerqué y nos fundimos

en un abrazo. Algo me dice que debería haber sido al revés. Que era yo, el hermano mayor, quien debería haber abierto los brazos para recibir a quien regresaba a casa. Pero en algún momento del pasado el reparto de papeles entre Carl y yo se había vuelto muy confuso. Había crecido más que yo, tanto física como personalmente, y, al menos cuando nos encontrábamos en compañía de terceros, era él quien llevaba la batuta. Cerré los ojos, tiritando, y aspiré el olor a otoño, a Cadillac, a mi hermano pequeño. Llevaba alguna clase de fragancia masculina, como las llaman.

La puerta del pasajero se había abierto.»
(págs. 15-17)

CARL: Ha pasado quince años alejado del pueblo, dedicado a proyectos inmobiliarios en Canadá que no siempre acabaron bien y que le han convertido en un fugitivo de la justicia. Su reingreso a la comunidad en la que creció no será únicamente problemático para su hermano, al que le unen episodios turbios sobre los que han mantenido un riguroso silencio, sino para varias personas que no han olvidado sus pecados de juventud. El megaproyecto de hotel spa promete granjearle muchos más enemigos si no llega a buen puerto —y para ello deberá hacer malabarismos presupuestarios y evitar ser del todo transparente con los socios—, pero su principal desafío consistirá en que los viejos cadáveres permanezcan en el armario.

«Carl. Está presente en casi todos mis recuerdos de infancia. Carl, en la litera de abajo. Carl, en cuya cama me deslizaba cuando las temperaturas descendían a menos quince, o cuando la situación de alguna manera lo exigía. Mi hermanito pequeño Carl, con el que me peleaba hasta que él lloraba de rabia y se abalanzaba sobre mí, con el mismo resultado cada vez: lo derribaba con facilidad, me sentaba encima inmovilizándole los brazos, le pellizcaba la nariz. Cuando dejaba de resistirse y solo lloraba, sentía que su debilidad y su mansedumbre me irritaban. Hasta que me lanzaba esa mirada sumisa e indefensa de hermano pequeño, y se me formaba un repentino nudo en la garganta, lo soltaba, le pasaba un brazo por los hombros y le prometía cualquier cosa. Pero el nudo en la garganta y la mala conciencia persistían mucho más allá del momento en que Carl se secaba las lágrimas. En una ocasión, papá vio que nos peleábamos. No dijo ni una palabra, dejó que pasara, como si los que habitamos en la montaña permitiéramos que la naturaleza siguiera su brutal curso sin intervenir, salvo que se tratara del rebaño de cabras. Carl y yo acabamos sentados en el sofá, yo rodeándolo con el brazo, los dos sollozando. Mi padre negó con la cabeza, exasperado, y luego salió de la habitación.»

(pág. 79)

SHANNON: Natural de Barbados, es la novia de Carl y arquitecta de formación, se revelará el mayor obstáculo en la ya de por sí accidentada relación entre ambos hermanos. Diseñadora de los planos del hotel, luchará con uñas y dientes porque no se toque nada de su concepción original, revelando un carácter muy ambicioso —«se había adaptado al nuevo territorio sin tener la sensación de que debía renunciar a nada», observará en un momento dado Roy—. Su presencia en el pueblo despertará recelos y odios entre algunas de las mujeres que años atrás desearon a Carl, pero también miradas libidinosas.

«Se calló de repente. Esbozó una sonrisa y se llevó la copa de vino a los labios, como si acabara de darse cuenta de que estaba perorando para un público al que suponía falto de interés.

Nos quedamos en silencio un rato. Carraspeé y dije:

—He leído que a la gente, incluso en las tribus que viven más aisladas, le gusta que un rostro sea simétrico. ¿Eso no te dice que hay algo congénito?

Shannon me observaba. Una sonrisa cruzó su rostro y se inclinó hacia delante.

—Puede ser —dijo—. Por otra parte, las reglas de la simetría son tan sencillas y consecuentes que no es raro que compartamos ese gusto en todo el planeta. Del mismo modo que es fácil recurrir a la fe en una fuerza superior y por eso también es universal, pero no congénito.

—Entonces ¿si te digo que pienso que eres guapa? —se me escapó.

Primero pareció sorprendida. Luego señaló su párpado caído y, cuando habló, su voz carecía de la calidez y la gravedad habitual, y tenía un tono metálico.

—Pues o es mentira o no has asimilado los principios más elementales de la belleza.

Comprendí que había sobrepasado un límite.

—¿Así que hay principios? —dije para volver a la otra orilla.

Me observó como si me estudiara, como si quisiera decidir si debía o no dejar que quedara impune.

—Simetría —dijo por fin—. El número áureo. Formas que imitan la naturaleza. Colores complementarios. Tonos armónicos.

Asentí, aliviado porque la conversación fluyera de nuevo, pero sabía que estaría mucho tiempo flagelándome por ese desliz.»

(págs. 226-227)

EXTRACTOS

«Era el día que murió Dog.

Yo tenía dieciséis años, Carl quince.

Unos días antes papá nos había enseñado el cuchillo de caza con el que lo maté. Tenía una hoja ancha que brillaba al sol y unas ranuras a los lados. Papá nos explicó que las ranuras servían para desviar la sangre cuando descuartizas la presa. Solo con oír eso Carl se puso pálido y papá preguntó si iba a vomitar en el coche otra vez. Creo que por ese motivo Carl se propuso matar de un disparo lo que fuera, cualquier cosa, y si hacía falta descuartizarlo, convertirlo en trocitos de mierda.

—Después lo freiré y nos lo comeremos —dijo frente al granero, yo con la cabeza metida en el motor del Cadillac DeVille de papá—. Él, mamá, tú y yo. ¿Vale?

—Vale —dije mientras giraba la tapa del distribuidor para encontrar el contacto.

—Y también le daré algo a Dog —dijo—. Habrá suficiente para todos.

—Por supuesto —dije.

Papá siempre decía que le había puesto Dog porque en ese momento no se le ocurrió otra cosa. Pero yo creo que le encantaba ese nombre. Era como él, que nunca decía más que lo imprescindible y era tan americano que solo podía ser noruego. Quería mucho a ese animal. Sospecho que apreciaba más su compa-

ñía que la de cualquier ser humano.

Puede que nuestra granja en la montaña no sea gran cosa, pero tiene vistas y pastos, lo que bastaba para que papá lo llamara su reino. Un día tras otro, desde mi puesto permanentemente inclinado sobre el Cadillac, veía a Carl alejándose con el perro de papá, la escopeta de perdigones de papá y su cuchillo. Veía cómo se transformaban en dos puntitos sobre la montaña desnuda. Pero nunca oía ningún disparo. De vuelta a la granja Carl siempre decía que no había pájaros, y yo me callaba, a pesar de que había visto una bandada de perdices detrás de otra levantando el vuelo desde la ladera e indicándome más o menos dónde se encontraban Carl y Dog.

Entonces llegó el día en que por fin se oyeron disparos.»

(Prólogo, págs. 7-8)

«—¡Veinte millones! —Desconcertado, señalé el brezo que nos rodeaba—. ¿Por esto?

—Es una cifra tan pequeña en proporción al total de cuatrocientos millones que resultará fácil fraccionar el precio de la tierra y repartirlo entre otras partidas. Una partida para el camino y los terrenos adyacentes, otra para el aparcamiento, otra para el solar del hotel...

—¿Y si alguien calcula el precio por hectárea?

—Se lo proporcionaremos, claro. No somos unos ladrones.

—¿Si no somos ladrones entonces qué...? —Me callé de golpe. ¿Somos? ¿Cómo había conseguido que yo formara parte de aquello? Bueno, no era el momento de andarse por las ramas—. ¿Qué somos?

—Somos hombres de negocios jugando una partida.

—¿Jugando? Estos son pueblerinos que no tienen ni idea, Carl.

—¿Tontos de pueblo, fáciles de engañar? Bueno, deberíamos saberlo, puesto que somos de aquí. —Escupió—. Como cuando papá compró el Cadillac. Sí, la gente se alteró. —Sonrió con sorna—. Este proyecto hará subir el precio de los solares de todo el mundo, Roy. Cuando el hotel tenga financiación, daremos a conocer la segunda fase. Una estación de esquí y un complejo de cabañas y apartamentos. Es ahí donde está el dinero de verdad. Por qué íbamos a vender barato ahora, cuando sabemos con seguridad que los precios se dispararán. Sobre todo, porque será gracias a nosotros. No estamos engañando a nadie, Roy, pero no hace falta que proclamemos a los cuatro vientos que los hermanos Opgard se adjudican los primeros millones. Así que... —Me miró—. ¿Quieres el dinero para tu gasolinera o no?

No respondí.

—Piénsatelo mientras echo un meo —dijo Carl.

Se dio la vuelta y subió hasta la cima de la peña, imagino que porque pensó que al otro lado estaría a resguardo del viento.

El caso era que Carl me había concedido el tiempo que costaba vaciar una

vejiga para decidir si quería vender una propiedad que había pertenecido a la familia durante cuatro generaciones. A un precio que, en otras circunstancias, habría que considerar un atraco a mano armada. No tuve que pensarlo mucho. Me importan un bledo las generaciones, al menos las de mi familia, y se trataba de unas tierras baldías que carecían de valor de cualquier tipo, incluido el sentimental, salvo que de pronto se descubriera una mina de oro o algo por el estilo. Y si Carl tenía razón al decir que los millones que ingresáramos ahora solo serían el glaseado del pastel que se zamparían todos los participantes del pueblo, me parecía bien. Veinte millones. Diez para mí. Se podía conseguir una gasolinera cojonuda por diez millones. Categoría, situación privilegiada, ni un céntimo de deuda. El túnel de lavado automatizado. Restaurante independiente.»

(págs. 51-52)

«—Veamos, Roy. Entonces, la noche del accidente estabas delante de la casa a las... —El agente Sigmund Olsen tenía la cabeza inclinada mientras rebuscaba entre los papeles. Su espeso cabello rubio me recordaba a la fregona del gimnasio del colegio. El cabello le colgaba igual de largo por delante, por los lados y por detrás. También tenía uno de esos gruesos bigotes de morsa, y seguro que había llevado la fregona en la cabeza y el bigote desde los años setenta. Porque podía. En su cabeza inclinada no había ni rastro de calva—. Siete y media. ¿Y viste cómo tus padres se salían de la carretera?

Asentí con la cabeza.

—¿Y dices que viste encenderse las luces de freno?

—Sí.

—¿No serían las luces traseras? Ya sabes que también son rojas.

—Las luces de freno brillan más fuerte.

Levantó la vista un instante para mirarme.

—Vas a cumplir dieciocho muy pronto, ¿verdad?

Asentí de nuevo. Puede que figurara en los papeles o tal vez se acordara de que iba una clase por delante de su hijo Kurt en secundaria.

—¿Bachillerato?

—No, trabajo en el taller de coches de mi tío.

El policía volvió a inclinarse sobre el escritorio.

—Bien, en ese caso comprenderás que nos resulte extraño no haber encontrado ningún rastro de frenada. Y aunque los análisis de sangre que le practicaron a tu padre muestran que se había tomado un trago, no estaba tan borracho para olvidarse de que había una curva, o para no dar con el freno o quedarse dormido al volante.

No dije nada. Había acabado con tres posibles explicaciones de un plumazo. Y yo no tenía una cuarta que darle.

—Carl me contó que ibais a visitar a vuestro tío Bernard Öpgard al hospital. ¿Es para él para quien trabajas?

—Sí.

—Pero hemos hablado con Bernard y dice que no sabía nada de que fuerais a hacerle una visita. ¿Tus padres solían ir de visita sin avisar?

—No —dije—. Ni avisando tampoco.

El agente asintió despacio y volvió a mirar los papeles. Parecía sentirse más cómodo así.

—¿Crees que tu padre estaba deprimido?

—No.

—¿Seguro? Otra gente con la que hemos hablado dice que parecía preocupado.

—¿Quieres que diga que estaba deprimido?

Olsen volvió a levantar la vista.

—¿A qué te referes, Roy?

—Que a lo mejor eso simplificaría las cosas. Así podéis decir que se suicidó y de paso mató a mi madre.

—¿Por qué crees que eso sería más fácil?

—No le caía bien a nadie.

—Eso no es cierto, Roy.

Me encogí de hombros.

—Vale, pues seguro que estaba deprimido. Iba a su bola, pasaba mucho tiempo solo. Casi siempre estaba en casa y allí tampoco hablaba con nadie. Bebía cerveza. Supongo que la gente que está deprimida hace eso.

—La gente que padece depresión puede disimularlo muy bien. —La mirada del agente Olsen intentaba coincidir con la mía y, cuando lo conseguía, se esforzaba por sostenerla—. ¿Tu padre alguna vez dijo... que no le gustara vivir o algo parecido?

No le gustara vivir. Ahora que había pronunciado esas palabras era como si Sigmund Olsen hubiera sorteado un obstáculo, y ya podía observarme con calma.

—¿A quién coño le gusta vivir? —pregunté.»

(págs. 84-86)

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. ¿A qué géneros adscribiríais *El reino* (novela negra, *thriller*...) y por qué?
2. ¿Cómo creéis que condiciona toda la novela el hecho de que esté narrada en primera persona por Roy?
3. ¿Por qué creéis que el crítico de *The New York Times* apuntó en su reseña que el arranque de la novela recuerda más a una novela de William Faulkner que a un *thriller* noruego?
4. Debatid el modo en que Nesbø suministra información clave acerca del turbio pasado de los hermanos.
5. ¿A qué mecanismos recurre el autor para ir aumentando de forma escalonada la tensión de la historia?
6. ¿De qué maneras la ambientación de montaña define el tono de la historia y quizá contribuye a aumentar su grado de desasosiego?
7. ¿Qué detalles revelan que Nesbø es un amante de la novela negra y el *western* de facturación estadounidense?
8. Al principio de la novela el padre de Roy y Carl les dice: «¿Sabéis en qué consiste el tormento de elegir? Lo que te angustia es el hecho de elegir, no la decisión que acabes tomando». ¿Qué opináis de esta frase y su carga profética en la novela?
9. ¿Pensáis que se podría calificar de «psicópata» a Roy?

10. Los coches y los pájaros son determinantes en la vida de Roy. ¿Cómo ayudan estos recursos a Nesbø a la hora de caracterizar al personaje?
11. ¿Creéis que cabe calificar de «licencia narrativa» la recurrencia del barranco de Huken como arma mortífera?
12. El capítulo 40 encierra toda una disertación filosófica sobre voluntad y libre albedrío, culpabilidad y autoperdón. Reflexionad sobre el mensaje lanzado por Roy a la luz de los hechos descritos en la novela.
13. Nesbø recurre por momentos a una mirada cínica y burlona cuando Roy describe momentos de gran violencia. ¿A qué achacáis esta decisión?
14. ¿A qué posición moralmente incómoda arroja al lector el final del libro?
15. ¿Con qué otras obras protagonizadas por hermanos en una relación conflictiva vincularíais *El reino*?
16. ¿Qué desafíos creéis que le plantea una novela independiente para Nesbø que no consigue la serie protagonizada por Harry Hole?

EL AUTOR



© Srian Broch

JO NESBØ nació en Oslo en 1960. Graduado en Economía, antes de dar el salto a la literatura fue futbolista, cantante, compositor y agente de Bolsa. Desde que en 1997 publicó *El murciélago*, la primera novela de la serie protagonizada por el policía Harry Hole, ha sido aclamado como el mejor autor de novela policíaca de Noruega, un referente de la última gran hornada de autores del género negro escandinavo. En la actualidad cuenta con más de cincuenta millones de ejemplares vendidos internacionalmente. Sus novelas se han

traducido a cincuenta idiomas y los derechos se han vendido a los mejores productores de cine y televisión.

En Roja y Negra se ha publicado la serie Harry Hole al completo, compuesta por doce títulos hasta la fecha: *El murciélago*, *Cucarachas*, *Petirrojo*, *Némesis*, *La estrella del diablo*, *El redentor*, *El muñeco de nieve*, *El leopardo*, *Fantasma*, *Policía*, *La sed* y *Cuchillo*. También se han publicado en español las novelas independientes *Headhunters*, *Macbeth*, *El heredero*, *Sangre en la nieve*, *Sol de sangre* y *El reino*.

LA CRÍTICA HA DICHO

«Una historia tremendamente sólida con unas dosis de suspense psicológico y erótico casi insoportables. Fascinante en todos los sentidos.»

Jyllandsposten

«Nesbø demuestra ser un excelente narrador. Sabe presentar un mundo sombrío con un poderío implacable.»

New York Journal of Books

«Con una pizca de Lev Tolstoi y otra de Agatha Christie, *El reino* explora el mal que puede anidar en una familia. De nuevo, Nesbø ha entregado un éxito incontestable.»

La Repubblica

«Retorcida, violenta, apasionante y muy perturbadora.»

Buzzfeed

